



ARTÍCULOS

Fin del verano de 1989

Atardecer

EL sol acaba de hundirse. Con él se va yendo de a poco la luz del atardecer de un día de viento sur.

Anoche llovió fuerte y hoy el nublado se fue aborregando, camino del norte, dejando de vez en cuando un trozo azul de cielo que se convierte en charco de luz sobre los pastos.

Ahora el cielo está prácticamente despejado y un cuarto de luna en preñez está ya a medio camino en la noche que empieza.

Los teros se pasan el alerta de un punto a otro de los campos en sombra. Cuando la visión se achica, la palabra se agranda en intensidad y se concentra en contenido hasta hacerse mensaje, consigna, anuncio.

Lo cierto es que en este paso entre el día y la noche, la visión se reduce casi exclusivamente al cielo. La tierra está en sombras. De ella solo nos llegan las voces de alerta. Presencias vivas que han quedado reducidas a mensajes. Lejano, palpita un tractor que está arando un potrero apartado. De vez en cuando, al girar sobre sí mismo en la

punta de la melga, sus ojos de luz brillan por un instante en la línea del horizonte, como si una estrella se hubiera detenido sobre los pastos. En la ruta distante, los autos y camiones han comprimido su presencia a un simple conjunto de puntos luminosos que parecen trasladarse lentamente en correcta fila.

He venido a la ermita por tres días para prepararme a las exigencias y celebraciones de la Semana Santa. Necesito la soledad como punto de apoyo para la intensa comunión de los días próximos. Tal vez diría que necesito encontrarme con Dios a fin de no defraudar a mis hermanos.

Esta tarde leí lentamente el evangelio de san Juan hasta llegar al lavatorio de los pies. Celebré enseguida la Misa en soledad, antes de cenar, viendo caer el sol por detrás de una fila de eucaliptos lejanos.

El viento se ha detenido también en alguna parte. Algo está por pasar. Se lo presiente con la intensidad que genera esta espera. Tal vez sea simplemente el paso del día a la noche.

No se trata de una ruptura, sino de una transición. Y, sin embargo, algo muere y algo nace dentro de una realidad que permanece. Muchas cosas serán totalmente distintas. Ciertos sentidos perderán su objeto; y otros comenzaran a tener toda su importancia. Diría que todo lo vivido durante el día nos ha ido preparando para participar en plenitud de esto que ahora empieza. Para quien no ha vivido el día, no existe la noche. Es la partida de la luz del sol la que nos entrega la visión de las estrellas. Sin recuerdo no hay esperanza. La ansiedad es simplemente el revés de la nostalgia. Quizá por eso, la pregunta sobre el futuro no sea:

- ¿Habrá vida en el más allá?

Por el momento la única verdadera pregunta respecto al futuro es:

- ¿Hay vida en el ahora? Esto que vivo ¿vale la pena? ¿Es verdadera vida?

Al que ha vivido intensamente el día, la noche lo encuentra lleno de luz. Y en ella, de todos los recuerdos, que ya no están más como objetos fuera de uno mismo, sino que se los trae formando parte del propio ser.

Nos llevamos noche adentro todo lo que hemos dado y amado, en el día sólo se nos arrebatan las cosas a las que nos apegamos y no queremos entregar.

He venido a la Ermita dejando todo. A propósito no he traído ningún libro. Me bastará para estos días con el evangelio de san Juan en un pequeño y desarmado ejemplar que hay aquí.

Mamerto Menapace, osb